

ORIGINALIDAD CREADORA DEL ARCIPRESTE  
FRENTE A LA ÚLTIMA TEORÍA SOBRE EL *BUEN AMOR*

María Rosa Lida de Malkiel ha vuelto a estudiar al Arcipreste <sup>1</sup>. Se ha alzado contra diversas teorías de Menéndez Pidal <sup>2</sup>, Américo Castro <sup>3</sup>, Kellermann <sup>4</sup>, Leo <sup>5</sup> y Dámaso Alonso <sup>6</sup>, entre otros. Ha ejercido un legítimo derecho al combatirlas, puesto que las juzgaba equivocadas. No he de regatearle el de silenciar las páginas que he dedicado al *Libro de buen amor* <sup>7</sup>. Pero ese silencio me crea una situación embarazosa. Desde que conocí a María Rosa Lida en Buenos Aires siento una admiración muy devota hacia su caudalosa erudición y su claro talento. He seguido siempre con viva simpatía sus trabajos, me he inclinado las más de las veces a aceptar sus opiniones y cuando me he apartado de ellas lo he hecho con la más amistosa cortesía. Obligado a disentir de sus teorías últimas, temo que pueda interpretar mi disenso como réplica a su desdén. No puedo, sin embargo, dejar de discutir algunas de sus conclusiones. De antemano le pido reciba como homenaje al crédito científico que me merece su obra toda y a la singular estima que siento por su personalidad de estudiosa, las observaciones que me veo obligado a formular a su trabajo. Y le ruego a la par que me perdone si, contra mi voluntad, al hacerlo la causo algún enojo.

<sup>1</sup> *Nuevas notas para la interpretación del « Libro de Buen Amor »*. *Nueva revista de filología hispánica*. XIII, 1959, pp. 17-82.

<sup>2</sup> *Poesía juglaresca y orígenes de las literaturas románicas*, 6ª edición, Madrid, 1957, p. 207 y ss.

<sup>3</sup> *La realidad histórica de España*. Méjico, 1954, cap. 12.

<sup>4</sup> *Zur Charakteristik des Libro del Arcipreste de Hita*. *Zeitschrift für Romanische Philologie*. 67. 1951, pp. 225-254.

<sup>5</sup> *Zur dichterischen Originalität des Arcipreste de Hita*, Franckfurt, 1958.

<sup>6</sup> *La cárcel del Arcipreste*. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 1957, febrero, pp. 165-177.

<sup>7</sup> *España, un enigma histórico*, Buenos Aires, 1957, pp. 451-533.

Me ha complacido que María Rosa Lida haya rechazado, como yo, la conexión que Américo Castro se aventuró a establecer entre *El collar de la paloma* de Ibn Ḥazm y el *Libro de buen amor* del Arcipreste de Hita. Para ser puntual habría debido señalar que su rechazo había sido precedido no sólo por el de Gybbon-Monypenny<sup>8</sup> (1957) sino por mi demostración (1956) de que ni Ibn Ḥazm influyó en Juan Ruiz, ni existió parentesco indirecto entre sus obras, ni el *Buen Amor* está enmarcado en la tradición árabe-oriental. Pero no importa que haya silenciado mi empeño — otros estudiosos han sido menos injustos y Riquer<sup>9</sup> ha calificado mi prueba de brillante. Lo importante es que coincidamos María Rosa Lida y yo al contradecir a Castro, por lo dispar de nuestras formaciones eruditas.

La natural devoción de María Rosa Lida hacia los hombres y las empresas de su raza le ha movido, sin embargo, a caer en un error parejo del por ella rechazado. Ha enlazado genéticamente el *Buen Amor* con las *maqamāt* (reuniones) de algunos hebreos españoles. Con muy buen criterio reconoce la imposibilidad de que el Arcipreste conociera las de Al-Hamadhaní y Al-Hariri, persas de principios del siglo x y de comienzos del siglo xi. No son autobiografías eróticas; dos personajes, un pícaro y el narrador de sus aventuras, dan en ellas unidad a la acción; « no contienen poesías que sean variación de lo ya narrado, ni tampoco cuentos ni fábulas; apenas rozan el tema amoroso », y sus personajes, añade, « están tan lejos del yo único que enlaza el *Buen Amor* », como Persia está lejos de Castilla. No cabe sino asentir a su opinión.

María Rosa Lida cree en cambio posible vincular el *Libro* del Arcipreste con las *maqamāt* de dos autores hispano-hebreos del siglo xii, Yehudá ben Selomó al-Harisí y Yosef ben Meir ibn Sabarra. El segundo, médico barcelonés, « funde al protagonista y al narrador en un mismo personaje, identificado con el autor », y la acción que refiere le sirve de pretexto « para encuadrar debates, disertaciones, aforismos, proverbios, retratos, parodias, cuentos y fábulas que a su vez pueden introducir otros cuentos y fábulas ».

María Rosa Lida comprende que la presencia de debates, parodias, retratos, burlas... en las *maqamāt* hispano-hebreas no es prueba bastante de que influyeran en el *Buen Amor* — ella misma va a registrar después

<sup>8</sup> *Autobiography in the « Libro de Buen Amor »*. *Bulletin of Hispanic Studies*. Liverpool, 1957, 39, pp. 93-78.

<sup>9</sup> *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 1957-1958. XXVII, p. 427.

parodias, retratos, debates, repeticiones en obras no semíticas — y se esfuerza en hallar coincidencias precisas entre el *Libro de delicias* de Yosef ben Meir<sup>10</sup> y el *Libro de buen amor* del Arcipreste. Su extremada prudencia y buen juicio — si Castro los hubiese poseído se habría evitado grandes caídas — lleva, empero, a mi admirada amiga a escribir: « Por supuesto sería insensato postular para Juan Ruiz lectura o imitación directa de las *maqamāt* hebreas », y sólo cree que pudo tener noticia de ellas. Por razones que expondré en seguida dudo de que en verdad alcanzase tal conocimiento, pero aun admitiendo que llegara a poseerlo, es duro de creer que una mera información verbal del *Libro de delicias* hubiera permitido al Arcipreste realizar las inferencias que María Rosa Lida imagina. Según ella: « una disertación sobre arte fisiognómica, una semblanza caricaturesca de mujer, un retrato humorístico basado en antítesis y paradoja verbal, una invectiva contra el vino, una retahila de nombres malignos del acompañante (del autor-actor), un chiste en que Sócrates, casado con una mujer pequeña, dice: « He escogido del mal lo menos », etcétera, perdidos en la *maqāma* de Yosef ben Meir, pudieron inspirar a Juan Ruiz las siguientes coplas: « De las figuras del Arcipreste », « La serrana et de las figuras della », « De don Hurón moço del Arcipreste », « De como el Amor castiga al Arcipreste... que se guarde de beuer mucho vino », « De los nonbles del Alcayuela », « De las propiedades que las dueñas chicas han », etc. Invito a María Rosa Lida a meditar sobre lo improbable de que la mera comunicación de labios a oídos de la obra del médico judío, pudiese inspirar al Arcipreste tales y tantos contactos sólo verosímiles en un lector atento de Ben Meir; e invito al erudito lector de estas páginas a comprobar por sí mismo lo forzado de tales aproximaciones.

La misma María Rosa Lida contradice, además, algunas de ellas. Al defender contra Castro el didactismo del *Buen Amor*, sostiene: que la letanía de los nombres de la alcahueta no puede dissociarse de otras enumeraciones del *Libro*, que tales retahilas son muy frecuentes en la poesía medieval y que, según ha probado Lecoy, Juan Ruiz fue al respecto más sobrio que otros poetas. Y al comentar, también contra Castro, las cánticas de Serrana, a propósito de la fealdad caricaturesca de una de ellas, trae a capítulo dos composiciones provenzales anónimas; es decir que enlaza con la poesía de la Romania la copla que antes había vinculado al *Libro de delicias*.

Ni siquiera en los casos de la invectiva contra el vino y del chiste

<sup>10</sup> Ed. González Llubera. Barcelona, 1951.

sobre la mujer pequeña puede deducirse de modo seguro el parentesco de los dos libros. No cabe olvidar que ambos temas eran tópicos de la tradición medieval enraizada en la literatura clásica. Lo he demostrado por lo que hace a los peligros del fruto de la uva. María Rosa Lida lo demuestra muy eruditamente por lo que hace a la broma relativa a las ventajas de las mujeres chicas. Y ella misma se cuida, honestamente, de marcar la diferencia con que el último tema es recogido en el *Buen Amor* y en el *Libro de delicias*: « La reelaboración de Juan Ruiz — dice — es altamente original, pues sustituye la anécdota por un entimema cuyo formalismo escolástico acentúa la comicidad, deja en intencionado silencio la premisa menor (La mujer es un mal) y adopta como premisa mayor una máxima auténtica (Del mal tomar lo menos, dixelo el sabidor).

¿No teme María Rosa Lida que de admitir como buenos sus alegatos sobre las aproximaciones que cree descubrir entre los dos libros, podríamos vincular el *Buen Amor* con las más variadas obras de todos los tiempos? Enlaza, por ejemplo, la nostalgia que el Arcipreste siente en Segovia de su casilla y de su hogar con la que Yosef ben Meir muestra por su tierra en la ciudad donde casó al gigante Enán. ¿No le parece inoperante el parangón como prueba de contactos concretos, supuesto lo general del tema en que imagina a Juan Ruiz inspirándose en el médico barcelonés? Aludiendo al *Tesoreto*, la señora de Malkiel había escrito antes: « tras unas aventuras ovidianas, Ser Benito baja de la sierra al llano y se entrega a sus devociones (vs. 2394 ss.) exactamente como Juan Ruiz después de los encuentros con las serranas ». Ella señala también que en la *Consolatio Philosophiae* de Boecio se registran el « debate entre el autor y una personificación alegórica y sus poesías recapituladoras ». Y no creo que se le ocurra alegar ninguna de las dos coincidencias para aproximar el *Buen Amor* al *Tesoreto* y a la *Consolatio*.

María Rosa Lida supone que la confesión del Arcipreste « fiz muchas canticas de dança e troteras para judías e moras... » y « otras huellas de familiaridad con la judería prueban que fácilmente pudo llegarle noticia detallada de las *magam̄it* hebreas ». Pero es el caso que Juan Ruiz no acredita especial conocimiento de los judíos ni muestra simpatía hacia ellos. Sólo dice de los mismos: que guardaban la Tora, que practicaban la usura, que tenían rabinos, que sus carnicerías estaban abiertas durante la cuaresma y que celebraban la pascua de los panes ácidos, detalles que ningún castellano podía ignorar a la sazón. Llama además a los hebreos pueblo de perdición y pueblo porfiado y no creo que pueda

interpretarse como muestra de devoción hacia ellos su alusión al refugio de don Amor en la judería de Toledo, tras su fracaso cerca de los cristianos de la ciudad. María Rosa Lida juzga elogio de la virtud de los toledanos la noticia de ese fracaso y no podrá concluir que el Arcipreste refirió en ditirambo de la judería la acogida favorable de don Amor en ella y su protección por el rabino Ačebim. ¿Se enojará mi buena amiga si la digo que ni la composición por Juan Ruiz de cantigas para judías y moras ni sus inocuas alusiones a los hebreos hispanos ni sus juicios directos o embozados sobre ellos son prueba, ni siquiera indicio, de que el Arcipreste tuviera información puntual de las *maqamāt*, de Selomó ibn Siqsal, Yehudá ben Selomó al-Harisí y Yosef ben Meir? Redactadas lejos de Castilla ciento y hasta más de doscientos años antes de que escribiera Juan Ruiz, eran probablemente ignoradas por los judíos castellanos del siglo XIV, que gustaban desde hacía tiempo de otro género de obras literarias. Pero aunque no hubiera sido así, invito a María Rosa Lida a meditar sobre lo increíble de que el Arcipreste se interesara por tales *maqamāt*, supuesta la verdadera condición de las mismas y habidas en cuenta las propias devociones literarias de Juan Ruiz.

Su honestidad científica, mueve a la señora de Malkiel a reconocer que en el libro del médico de Barcelona Yosef ben Meir que ella enlaza con el *Buen Amor*, no se narran aventuras amorosas, no son múltiples las andanzas del protagonista — «no interviene sino en una sola bastante vaga acción» — y el autor apostilla su relato con disquisiciones sobre temas médicos, cual cumplía a su especialidad. Otra vez me permito llamar a la duda a mi erudita y rigurosa amiga. ¿No le parece muy aventurado suponer que de tal obra, tan distinta del *Buen Amor*, pudiera derivar la suya Juan Ruiz? ¿Cree que basta para dar por bueno tal engarce la aparición en la *maqāma* del médico barcelonés de algunos debates, disertaciones, aforismos, proverbios, retratos, parodias, cuentos, fábulas — tales como podía imaginarlos un galeno — puesto que el Arcipreste pudo hallarlos en la literatura de la Romania mucho más enderezados a su intento? ¿No le parece inverosímil que, de haber tenido noticia de tal obra, lo que es muy improbable como queda apuntado, Juan Ruiz se acordara siquiera de ella al escribir su auténtica o fingida — yo diría fingida y auténtica — autobiografía amorosa? ¿Me perdonará María Rosa Lida que por todo ello me parezca tan difícil asentir a su nueva tesis como me pareció en su día suscribir la de Castro, que al cabo vinculaba dos libros sobre el amor?

Es el error inicial de Castro el responsable de que María Rosa Lida haya ideado la tesis que discuto. Castro creyó imposible vincular con la tradición literaria románica el autobiografismo del Arcipreste y se volvió a la literatura arábica en busca de modelos para el *Buen Amor*. La semejanza aparente de los temas sobre los que escribieron Ibn Hazm y Juan Ruiz le movió, en mala hora, a postular la influencia de la obra de aquél en la de éste y a intentar probar tal influencia a toda costa. María Rosa Lida se convenció de lo errado de tal tesis, pero no acertó a librarse de la idea de Castro sobre la necesidad de buscar antecedentes semitas al libro del Arcipreste. Y cayó a la postre en la tentación de encontrárselos en las *maqamāt* hispano-hebreas.

No acierto a comprender por qué ha de ser necesario acudir a modelos semíticos para explicar el autobiografismo literario de Juan Ruiz. Pregunto, cómo he preguntado muchas veces en mi *España, un enigma histórico*, ¿por qué ha de negarse la posibilidad de que un gran poeta idee novedades como las que el *Buen Amor* muestra dentro del cuadro de la literatura occidental? Es inverosímil que un escritor de segundo plano pueda realizar innovaciones decisivas. Pero cuantos se han enfrentado con Juan Ruiz, sin excepción, han reconocido su magnitud poética y su vigorosa vitalidad. María Rosa Lida escribe: « Si algo resalta en el *Libro de buen amor* es una personalidad exuberante, irreprimible, siempre presente (a menos que el material sea ajeno), con una fruición en ocupar el primer plano, sin duda fomentada por el mudejarismo del poeta ». Ese mudejarismo está sin demostrar; creo haberlo invalidado y María Rosa Lida ha completado mi prueba desmontando importantes argumentos literarios alegados en su apoyo por Américo Castro. Es seguro también que la exuberancia de Juan Ruiz se manifiesta incluso cuando es ajeno el material que relabora; nadie discute, por ejemplo, que inyecta vida a sus modelos y Copechi<sup>11</sup> ha dicho que la vibrante personalidad del Arcipreste protagoniza toda la acción de su versión castellana de *Pamphilus*. Olvidemos empero los dos problemas. María Rosa Lida insiste en su caracterización del explosivo temperamento del Arcipreste al declarar: « Juan Ruiz conoce aquellas obras orientales — alude a *Calila e Dimna*, *Sendebat*, *Barlaam e Josafat* — como conoce novelas de caballerías, pero rechaza el marco, donde no puede figurar él en primer plano para proclamar su experiencia aleccionadora, ya sea verdadera, ya imaginaria ». Y su excelente imagen del Arcipreste, no ya

<sup>11</sup> *El Libro de Buen Amor de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. Cultura Neolatina*. Roma, 1953, 13, pp. 135-164 y 1954, 14, pp. 59-90.

suscita la sospecha, mueve a la convicción de que fue hallazgo personal de Juan Ruiz el autobiografismo del *Buen Amor*.

Si « en el principio fue el Verbo », en el de todo cambio literario, artístico, ideológico « ha sido » siempre un hombre. Fue Juan Ruiz un gran poeta y poseía una irreprimible inclinación a ocupar siempre el proscenio. ¿ Por qué — pregunto otra vez — un escritor de tan recia personalidad y de tan explosivo yo como el Arcipreste no pudo haber dado el paso decisivo que supuso la concepción autobiográfica del *Buen Amor*, por pura proyección de su temperamento y sin inspirarse en el « Collar de la Paloma » ni en ninguna *maqāma* hispano-árabe o hispano-hebrea? Al dar ese paso Juan Ruiz no habría, además, realizado una revolución literaria tan extraordinaria y asombrosa como para que resulte su aventura inverosímil e increíble.

Como queda dicho, María Rosa Lida ha reconocido que la exuberante personalidad del Arcipreste le inclinó a no aceptar el marco novelístico que le ofrecían *Calila e Dimna*, *Sendebār*, *Barlaam e Josafat*, marco que adoptó don Juan Manuel al escribir el *Libro de los estados* en forma de novela edificante y el *Caballero Cifar* a manera de novela entre piadosa y caballeresca. De ella son también estas palabras: « el uso didáctico de la primera persona... está bien atestiguado en muchas obras que eran familiares al letrado de la Edad Media ». Y entre los ejemplos que cita figurañ: el *Ars Amandi* de Ovidio, las *Confesiones* de San Agustín, la *Consolatio philosophiae* de Boecio y el *De vita sua* de Guiberto de Nogent. A propósito de las *Confesiones* escribe: « su ejemplo hubo de predisponer a la clerecía occidental a la acogida de la autobiografía que se propone edificar al lector exponiendo los yerros propios ». Y en la *Consolatio* de Boecio, tan difundida y leída en la España medieval, registra incluso el debate entre el autor y una personalidad alegórica. María Rosa Lida cree que esa tradición legitimaría la adopción por Juan Ruiz de la peculiar autobiografía de las *maqāmāt* hebraicas. Pero me atrevo a preguntarla si juzga imposible que hubiera podido mover a un hombre como él a adoptar la forma autobiográfica — el Arcipreste confiesa haber leído a Ovidio (copla 612) y con más facilidad pudo leer a San Agustín y a Boecio — aunque no se hubieran escrito jamás tales *maqāmāt* y en todo caso sin llegar a conocerlas. Ha reconocido que « sería insensato postular para Juan Ruiz lectura o imitación directa » de las *maqāmāt* hispano-hebreas. No hay indicios de que tuviera noticia de las mismas. Pero admitamos que llegara a poseerla ¿ No le parece increíble a María Rosa Lida que por meras referencias a esas *maqāmāt*, que no eran poemas amorosos y cuyo contenido, como queda dicho, no podía

interesarle al escribir el *Buen Amor*, se decidiera el Arcipreste a la adopción de la arquitectura autobiográfica en su libro? Un autor puede aceptar y transformar relatos, fábulas, cuentos... llegados a él de labios a oídos. Pero creo que será difícil a María Rosa Lida mostrar ejemplos de grandes poetas medievales, de personalidad vigorosa, que por meras noticias de obras de naturaleza muy distinta de la que se proponían escribir y de tema muy dispar del que atraía su ímpetu poético, hayan llegado a adoptar las formas creacionales concretas de aquéllas.

En el caso del Arcipreste esa adopción es tanto más inverosímil porque pudo llegar a la forma autobiográfica, no sólo por influencia de las tradiciones de la clerecía occidental registradas por María Rosa Lida, sino por otros caminos. Señalé algunos en mi *España, un enigma histórico*, puedo ampliar aquí su número.

La inclinación a la confidencia autobiográfica asoma en diversos autores peninsulares al socaire de muy varias creaciones literarias y desde muchas décadas antes de que naciera el Arcipreste. Es difícil escribir tratados sobre el amor, sean psicológicos, didácticos o puramente poéticos, sin dar aire a los contenidos de la experiencia existencial. El imperialismo de la persona que caracterizaba y torturaba a los castellanos desde siempre facilitaba la inclinación hacia el autobiografismo de quien de entre ellos se aventurase a escribir poemas amorosos. Ya en el siglo XIII alguna vez se interfirió en Castilla el yo del autor con el yo de su personaje — en la versión alfonsina de las *Metamorfosis*, según ha recordado María Rosa Lida. Ni siquiera eran desconocidas en Occidente las pseudo autobiografías eróticas; Gybbon-Monypenny ha registrado las de Ulrich von Lichtenstein, Dante, Nicole de Mergival... Y como han señalado Kellermann y el mismo Gybbon-Monypenny, varios de los temas desenvueltos por el Arcipreste — debate con don Amor, episodio con doña Endrina, cantigas de serranas — por su misma naturaleza o por sus fuentes podían sugerirle la forma autobiográfica.

La adopción de ésta para la arquitectura del *Libro de buen amor* no habría constituido, por tanto, sino una audaz innovación poética; ¿Por qué negar que pudo realizarla una personalidad exuberante, irreprimible... con fruición en ocupar el primer plano y proclive a rechazar los marcos literarios que no le permitían aparecer en el proscenio y proclamar en él su aleccionadora experiencia? Es decir ¿por qué no pudo realizarla el hombre que fue el Arcipreste, según María Rosa Lida le ha definido con acierto?

Rechaza ésta la teoría de Gybbon-Monypenny para quien el *Buen Amor* es una parodia de las citadas pseudo-autobiografías eróticas. No

me atrevo a tomar partido en la discusión ; pero sí me aventuro a declarar que no me parecen decisivos los argumentos de mi admirada amiga. No creo tan inverosímil como ella que Juan Ruiz conociera esas obras u otras parecidas. Utilizó muchas fuentes occidentales ; nadie puede dudarle después de leer a Lecoy y a la misma María Rosa Lida. La prueba de aquél es abrumadora ; ésta demostró hace años que la copla « sy Dios quando formó al ome, entendiera/que era mala cosa la mujer, non la diera », es versión del *Liber consolationis et consilii*, compuesto por Albertano de Brescia, y en el estudio que suscita estas líneas amplía enormemente el cuadro de los contactos del *Buen Amor* con la literatura románica occidental. Ciertamente que en las pseudoautobiografías que Gybbon-Monypenny registra se narran amores cortesés, el autor-protagonista se presenta como dechado de amantes trovadorescos e inserta poemas líricos dirigidos a su dama. Pero María Rosa Lida ha acercado el *Buen Amor* al *Libro de delicias* del médico judío barcelonés Yosef ben Meir, todavía más alejado de la obra del Arcipreste que esas autobiografías literarias. No todo las aparta del libro de Juan Ruiz ; el autor se identifica en ellas como protagonista mencionando detalles personales. Y no es imposible que quien se burló, con una sonrisa burguesa — va a hacer fortuna el sentido burgués del Arcipreste que he sido el primero en señalar ; sin aludir a mi tesis María Rosa Lida da ya el aire aburguesado del *Libro de delicias* como prueba de su aproximación a la obra de Juan Ruiz — no es imposible, repito, que quien se burló, de la vida religiosa, de la vida caballeresca, de las prácticas piadosas, de los ejércitos y de las batallas, de la justicia y de la clerecía, de los teóricos rigores morales y hasta del buen amor a Dios, que quien se burló de todo y de todos, se burlara también de la autobiografía cortés. Quiero insistir, sin embargo, en que no me atrevo a afirmarlo ni a negarlo.

Sí me atrevo en cambio a creer que el *Buen Amor* debe muy poco a la tradición literaria hispano-semítica. Había podido explicarme y explicar el libro del Arcipreste fuera de la cúpula cultural arábiga. María Rosa Lida me ha afirmado en mi convicción. Por su personal devoción a Castro cuyas intemperancias conoce y al que no quiere herir, y por fidelidad a su propia tesis — antes contradicha — sobre el papel que atribuye a las *maqamāt* hebreas en la génesis de la obra comentada, hace algunas leves concesiones a la supuesta mudejarización y al supuesto semitismo de Juan Ruiz. Pero con una exquisita cortesía emplea el ariete de su torrencial erudición en desmontar uno por uno muchos de los, al parecer, más firmes argumentos acumulados por Américo Castro. Nadie después de leer a María Rosa Lida podrá vacilar. Ha ido

hallando antecedentes románicos a imaginarias características orientales del *Buen Amor*, que yo había negado, y a otras que yo no había enfrentado por mi alejamiento de los estudios literarios. Y sus alegatos son irrefutables.

\* \* \*

No ha logrado éxito parejo en su defensa del didactismo del *Libro del Arcipreste*. No ha destruido los alegatos de Kellermann y de Menéndez Pidal y no ha juzgado preciso discutir los míos; se ha limitado a aludir desdeñosamente a mi intento de descubrir los movimientos anímicos de Juan Ruiz. Si mi convicción necesitara ser fortalecida, me afirmaré en ella mi coincidencia con la opinión paralela y sincrónica del gran maestro de todos, de tan excelente conocedor como es don Ramón de las literaturas románicas y de la Castilla del Arcipreste.

Toda obra medieval y aun cualquier obra de cualquier tiempo brinda naturalmente algunas enseñanzas a sus oyentes o lectores. Pero hay mucha diferencia entre ese vago didactismo genérico y el auténtico prurito moralizante de algunos autores. Las páginas que ha dedicado María Rosa Lida a la defensa del intento moralizador de Juan Ruiz constituyen algo así como una magnífica pieza forense, presentada a la consideración del jurado de los estudiosos por un letrado de gran saber, de gran agilidad mental y de técnica perfecta. Es difícil sustraerse a la seducción de sus argumentos. Habrá que concederle algunas circunstancias atenuantes y aun algunas eximentes. Quiero decir que no podrá negarse el deseo de Juan Ruiz de hacer pasar su *librete* por lo que no fue en verdad, por acercarle a la literatura didáctica occidental; ni podrá discutirse que algunos fragmentos del *Buen Amor* puedan ser moralizantes « hasta por ahí no más » como dicen en la Argentina — el episodio de doña Garoza, por ejemplo. Pero esas atenuantes y esas eximentes, a lo que creo, no podrán evitar la sentencia condenatoria de la tesis de María Rosa Lida. Los grandes abogados pierden también las malas causas como los medianos y los torpes.

Más osado que Menéndez Pidal me aventuré a explicar el complicado juego poético de Juan Ruiz como resultado de los frenos que impusieron a su alegría vital las inhibiciones lógicas de su propia conciencia, de cristiano y de clérigo, ante su postrimera rendición de cuentas al Altísimo y sus temores, no menos lógicos, a los peligros sociales que su liviandad literaria podía suscitarle en la Castilla de su época. No voy a repetir mis argumentos. Deseo sólo preguntar a María Rosa Lida si es posible prescindir de esas inhibiciones y temores para comprender al Arcipreste; si

no cree que hubieron de influir en su creación literaria mucho más que sus fugacísimos contactos con las juderías de Hita y de Toledo. Y cómo puede compaginarse el propósito moralizador que atribuye a Juan Ruiz con sus prédicas nada ejemplares y con muchas de sus nada hipócritas declaraciones.

Porque no nos hallamos en presencia de un juego literario en el que relatos inmorales sirven para hacer amar la virtud. *El Buen Amor* no es una textura de ejemplos y cuentos salaces sobre los que el autor funda una sermoneadora catequesis incitadora a huir de la tentación y del pecado. Nadie puede ver en él ni siquiera un indirecto enfervorecimiento del amor del hombre a Dios. Es caprichoso juzgar edificantes sus parodias litúrgicas, sus ironías sobre la incontinencia del clero, su burla de los ayunos y de las penitencias, sus referencias jocosas al bautismo, al paraíso, a los mártires... Es imposible ver en la sátira de Juan Ruiz un intento de mover a hombres y mujeres hacia la vida virtuosa; los humoristas de su calidad o de su calaña no han pretendido ser reformadores. E ignoro si intencionadamente o no, pero el Arcipreste no dejó, además, lugar a dudas sobre sus verdaderas intenciones.

El título que dió a su libro de cantares no implica de suyo la consagración de su empresa a propagar el amor a Dios. Sus palabras son precisas. La mujer que le servía de alcahueta, sañuda por algunas palabras del Arcipreste, hace fracasar una de sus aventuras amorosas. Juan Ruiz la enrostra una letanía de nombres injuriosos pero a la postre se ve forzado a buscar un acuerdo honorable con la vieja. Ella le dice: « Llamatme *Buen amor* é faré yo lealtat ;/ca de buena palabra págase la vesindat,/el buen desir non cuesta mas que la nesçedat » (932). El Arcipreste responde así :

Por amor de la vieja é por decir raçon  
*Buen Amor* dixé al libro, a ella toda saçon.  
 Desdeque bien la guardé, ella me dió mucho don.  
 Non ay pecado sin pena nin bien syn galardón (933)

El Arcipreste en su prólogo declara que su intento era el de hacer aborrecible el loco amor « que faze perder las almas e caer en saña de Dios, apocando la vida é dando mala fama é deshonrra e muchos daños a los cuerpos ». Obsérvese que coloca los males terrenales que acarrea la sensualidad al mismo nivel que la perdición del alma, lo que ya es sintomático. Pero a continuación y sin transición alguna declara: « Empero por que es umanal cosa el pecar, si algunos (lo que non les conssejo) quisieren usar del loco amor, aquí fallarán algunas maneras para

ello ». Al escribir estas palabras Juan Ruiz descubre su verdadero intento. Ni en la Castilla medieval, ni en ningún país cristiano un clérigo-poeta que en verdad hubiera deseado apartar a los hombres de la tentación y del pecado hubiese escrito nada parecido. El Arcipreste lo sabía bien y por ello insiste y vuelve a insistir en afirmar su intención moralizadora. Si en realidad la hubiera tenido habría resultado evidente del contexto de su obra, y su insistente y reiterada invitación a que entendieran bien el sentido de la misma hubiese sido innecesaria.

Pero no lo era, pues de vez en vez Juan Ruiz no puede ocultar su auténtico propósito. Al acabar de referir la « Disputación que los griegos e los romanos en uno ovieron » y antes de reiterar sus advertencias sobre el sentido encubierto del *Buen Amor*, escribe: « Entiende bien mi libro: avras dueña garrida » (64 d.). Pirueta intrascendente, dice María Rosa Lida al replicar al alegato de la frase por Menéndez Pidal como prueba de la apicarada intención de Juan Ruiz. Pero es el caso que éste, no obstante sus repetidas excusas sobre el sentido esotérico de su libro, en realidad emplea buena parte del mismo en disculpar sus *doñeos* personales o pseudo autobiográficos y en enseñar a sus regocijados lectores como podían lograr « dueñas garridas ».

« Segund natura los omes e las otras animalias quieren aver compañía con las fenbras » (71 y ss.); las estrellas rigen nuestras vidas (123-128) y los que nacen bajo el signo de Venus han de amar mujeres mientras viven (150-154), se lee enseguida en el *Buen Amor*. El Arcipreste comienza pues por endosar a la vida y al destino sus caídas, naturalmente para exculparlas ante sus críticos probables y para exculpar también a quienes pecaban como él, por no poder sustraerse a los *dictados* de la naturaleza y de los astros. « Muchas noblezas ha el que ama », dice a continuación (155 a), y al enumerarlas declara « En servir a las dueñas el bueno non se esquite/Que si mucho trabaja en mucho placer vive » (155-c y d). Lindas maneras de moralizar ¿No?

Sin convicción y con un guiño de ojos Juan Ruiz enrostra a don Amor sus falacias y sus daños. ¡ Pero con qué fruición y regodeo reproduce la respuesta de don Amor (423-456): sobre las calidades de las mujeres más a propósito para gozar de las delicias de la sensualidad, sobre cómo servir las para ganarlas, sobre la conveniencia de emplear viejas experimentadas en calidad de intermediarias y sobre los peligros de algunos tipos de mujeres! No en vano había prometido « dueñas garridas » a sus lectores de captación sutil; era seguro que las lograrían deliciosas y ardientes quienes siguieran tales *castigos* o lecciones. He ahí un bien regocijado didactismo.

Y el Arcipreste reitera muchas veces ; esos píos y moralizadores consejos ! Como colofón a sus ejemplos : « De los dos perezosos » (467 c-d-478), « De lo que contescio a don Pitas Payas » (485-489) y « De la propiedat que'l dinero ha » (508-527) vuelve a instruir a sus oyentes o lectores acerca de las sutiles maneras que habían de emplear para conseguir las mujeres de que gustasen. Al registrar los males que el mucho beber ocasionaba, escribe : « Si amar quieres dueñas, el vyno non te cala » (545 d). Poco después, por dos veces vuelve a dar consejos para alcanzar el amor de las garridas dueñas (549 y 558 a 575). Pone otros muy sabrosos y salaces en boca de doña Venus a poco de empezar su relato de los amores de doña Endrina (608-649). Todo éste constituye una lección de cómo llegar a gozar de una mujer. El juego se repite siempre que el tema del *Buen Amor* permite al Arcipreste deslizarse hacia el registro de las mil y una maneras de saborear el *Loco Amor*. Y hasta cuando el tema no es favorable para tales deslizamientos, Juan Ruiz no deja de presentar al amor loco señoreando a todos.

Quien no hubiese estado obseso de los goces de ese amor, quien hubiera pensado en verdad en apartar a sus lectores del pecado, no habría solicitado el auxilio celestial para evitar sus fracasos amorosos al escribir : « De mensajero malo ; guardeme Santa María ! (913 a). Ni habría hecho decir sacrilegamente a la vieja alcahueta en su epitafio :

El que aqui llegare, ; sí Dios le bendiga !  
E ; sí l'de Dios buen amor e plaser de amiga !  
Que por mi pecador, un Pater noster diga (1578)

Como escribí otrora, el *Libro* de Juan Ruiz es en verdad ante todo y sobre todo un recetario de fórmulas para halagar, enamorar, seducir, burlar a las dueñas ; un cuadro sonriente de sus talentos y secretos que conocía a maravilla ; un cántico a la vida y al amor, dianas supremas de su sensibilidad ; y una orgía de bromas, chanzas, mofas, burlas, chufas, befas y parodias de la sociedad civil y de la sociedad religiosa de su época ; todo ello envuelto en una hojarasca de ejemplos y moralidades dictados por los frenazos que daban a su alegría vital sus dos claros y evidentes temores : a las consecuencias del pecado en orden a la vida perdurable, y a los daños que sus salacidades podían procurarle en orden a la guarda de su honra, de su arciprestazgo y de su libertad ; temores a los que había aludido al señalar la deshonor y mala fama que podía acarrear el pecado y que no eran imaginarios puesto que acabó siendo encarcelado. Por el lugar que ocupan en su libro los episodios y los ejemplos con cierto sabor moralizante, a veces me asalta la duda de

si a medida que avanzaba en su redacción no sintió acentuarse los tirones que tales temores daban a su ímpetu salaz. Pero si así fue, al cabo pudieron más su juguetera sensualidad y su sinceridad cazarra. Con un manotazo final volvió su librete a la senda de su regocijada didáctica amatoria e hizo una precisa y preciosa confesión.

A pesar de su frecuente registro de ejemplos y moralidades y de sus alusiones al doble sentido de su libro; es decir, a pesar de su esfuerzo por sortear los peligros en que sus alegrías vitales podían colocarle, el Arcipreste tenía conciencia del ningún valor del *Buen Amor* como *licionario de santidad*, y a punto de terminar su obra no puede ocultar su pensamiento y declara de ella con desenfadado cinismo:

Buena propiadat ha, do quiera que se lea,  
Que si l'oyere alguno que tenga muger fea,  
O sy muger le oyere, que su ome vil sea,  
Faser a Dios servicio en punto lo desea. (1627)

¿Quién podrá vacilar? Al afirmar que su supuesto tratado moralizante no servía sino para mover a piedad a quienes por la fealdad de sus mujeres o la vileza de sus maridos eran fáciles de arrancar de las liviandades del amor, fáciles de mover a penitencia, Juan Ruiz no deja lugar a duda alguna sobre la verdad de su propósito. ¿Podríamos desear una declaración más concreta contra el didactismo edificante del *Libro de buen amor*?

¿Me perdonará María Rosa Lida que, ante esa serie de bien trabadas realidades que brinda Juan Ruiz, no pueda asentir a su opinión y siga manteniendo la mía, por separado coincidente con la del maestro de maestros Menéndez Pidal? Sólo me aparto de él con María Rosa Lida en un punto concreto. Creo en la fe vivaz del Arcipreste. Don Ramón la juzga tibia, pero él ha sido un santo laico y no ha tenido ocasión de comprobar cómo en los españoles más acendradamente católicos, incluso en los no ignaros, han sido compatibles el *loco amor*, digámoslo con palabras de Juan Ruiz, y la fe más sincera — recordemos a Lope. ¡Cuántos podrían escribir como el Arcipreste!

E yo porque so ome, como otro pecador,  
Ove de las mugeres a veces grand amor.

Esa fe ardiente del clérigo epicúreo y sensual explica la mezcla de lubricidad y devoción del *Libro de buen amor*. Ella y los temores conscientes o subconscientes y al cabo — como he dicho antes — justificados de Juan Ruiz. Y al escribir justificados claro está que publico la impo-

sibilidad en que me hallo de asentir a las páginas dedicadas por María Rosa Lida a negar que don Gil de Albornoz encarcelara al Arcipreste. ¿A negar? Digamos a dudar porque a la postre admite la posibilidad de que aparezca noticia de la prisión de Juan Ruiz entre los papeles del cardenal. Con muy buenas razones creen en tal prisión Menéndez Pidal, Kellermann y Dámaso Alonso<sup>12</sup>. Tengo también las mías para sumarme a esa opinión. Pero no quiero intervenir en una polémica que no atañe al problema esencial del *Buen Amor* y de la significación del mismo frente a la forja de lo hispano<sup>13</sup>. Mi admirada amiga ha puesto además tanta pasión en esa polémica y yo estimo tanto su amistad...

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ.

<sup>12</sup> Ha defendido también la realidad de la prisión del Arcipreste GONZALO MENÉNDEZ PIDAL: *Historia general de las literaturas hispánicas*, I, p. 477.

<sup>13</sup> Me permito sólo preguntar a María Rosa Lida, que considera sin valor el argumento esencial de Menéndez Pidal sobre la real prisión del Arcipreste, si conoce algún testimonio de un auténtico cristiano que durante la Edad Media, al calificar metafóricamente de prisión el mundo terrenal, cometa el pecado de orgullo de decir que está en esa prisión sin merecerla.